

¿Hacia una España unipolar?

Por Jacint Jordana

CATEDRÁTICO DE CIENCIA POLÍTICA Y DIRECTOR DEL INSTITUT BARCELONA D'ESTUDIS INTERNACIONALS (IBEI)

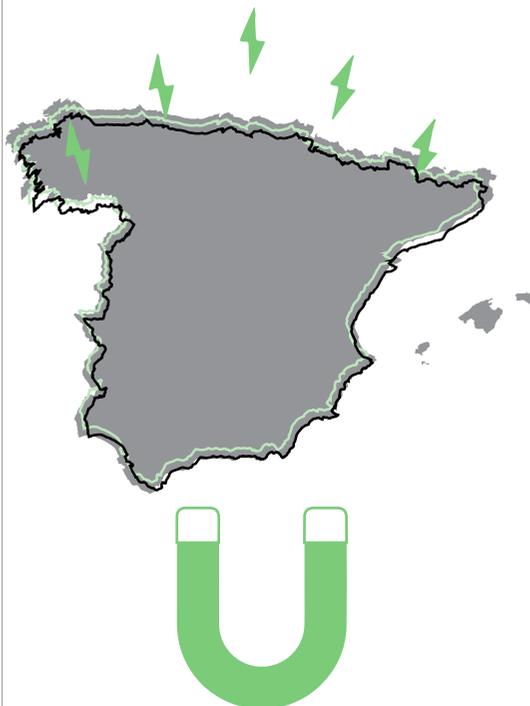
Esta es la pregunta que se hace Ignacio Sánchez-Cuenca en su artículo de estas mismas páginas (*El Ciervo* N.797) titulado “Madrid, Madrid, Madrid” —como el famoso chotis—, a partir de los recientes cambios económicos en la distribución de la renta en España. Sin embargo, esta cuestión no es tan clara, ya que Barcelona (de hecho, Cataluña en su conjunto) mantiene estable su peso, cerca de un 19% del PIB desde hace tiempo, y aunque Madrid va aumentando su porcentaje año a año ello es a cuenta de la reducción de otras comunidades autónomas. En este sentido, podemos decir que el modelo bipolar se mantiene, pero uno de sus polos va aumentando de peso, con un perfil más variado y una economía más rica. No obstante, el otro polo mantiene su dinamismo, a pesar de alguna mala prensa, y se reinventa continuamente a lo largo del tiempo con nuevas estrategias e iniciativas, superando las limitaciones que afronta o que autopercibe.

En Cataluña, muchos opinan que la comunidad podría crecer más y ser más rica, y ven en el crecimiento de Madrid un resultado de las estrategias del Estado, que apuesta por impulsarlo, mientras no hace apenas nada para apoyar a Barcelona, por lo que esta debe esforzarse por sí misma para mantener su peso. Desde este punto de vista, la opción de un Estado propio surge como una alternativa razonable. En el pasado, no obstante, la opción de salida (independencia) no se planteaba seriamente. En parte, por un conflicto interno que se iba reproduciendo continuamente en Cataluña: los liberales y la burguesía catalana no confiaban en sus fuerzas frente a carlistas (siglo XIX) y movimiento obrero (siglo XX). Además, el mercado interior español era insustituible. Así, a pesar de múltiples tensiones políticas, diferencias culturales y coaliciones variables, formar parte del mismo Estado era la opción dominante, y ello generaba un equilibrio, bastante inestable, entre los dos polos. Ahora el conflicto interno también existe, pero tiene menos peso económico, ya

que el mercado interior español no es tan relevante para la economía catalana. Esto no fue así en los dos siglos anteriores, y ha abierto la puerta a las opciones de salida, mientras los conflictos de identidad toman una mayor relevancia.

La aspiración (o la obsesión) de la mononacionalidad entre amplios sectores sociales de la España interior es, sin duda, un aspecto clave de las tensiones de identidad actuales. Es una obsesión de las élites administrativas, y también es una creencia dominante entre la población de los territorios monolingües, especialmente, y un temor creciente en los territorios

Hay que reconocer la plurinacionalidad del Estado para evitar el exceso de poder en un centro



bilingües. Se combinan muchos factores, pero destacan tres: a) un nacionalismo banal que se va introduciendo desde el siglo XIX, en paralelo a la construcción del Estado liberal en España, de matriz muy centralista, a la francesa; b) una burocracia centralizada que en buena parte se siente propietaria de su Estado, y a veces esquivo los valores democráticos y de rendición de cuentas (como heredera de un franquismo que castró el débil Estado liberal previo); y c) la persistencia de un imaginario basado en una misión de dominio y expansión —de herencia colonial—, aplicado a los enemigos interiores, a los territorios aún no plenamente absorbidos culturalmente.

Este último elemento es muy común en los nacionalismos expansivos, basados en la negación de la diversidad, evitando el reconocimiento y la aceptación de los otros, algo muy útil para expandir el Estado y sus mecanismos de acumulación de recursos. A este nacionalismo español le cuesta mucho aceptar que una comunidad idealizada puede tener ciertos límites, especialmente si se proyectan visiones que producen una gran comodidad para todas las personas que las comparten. Renunciar a la aspiración de una completa integración comunitaria en un Estado, para aceptar que puede existir una compleja arquitectura de comunidades en un territorio que comparte un mismo Estado requiere un aprendizaje colectivo y una pedagogía que ayude a superar la frustración que genera. Sin duda, es mucho más fácil para algunos líderes políticos proyectar escenarios donde la integración comunitaria se percibe como posible y necesaria que guiar una transformación de los valores dominantes para reconocer identidades múltiples y complejas.

Aun aceptando la tesis que propone Sánchez-Cuenca, de que el poder económico irradiador del centro es la mejor arma del modelo mononacional, el argumento también se puede formular al revés, en el sentido de que la homogeneidad cultural constituye un instrumento que facilita la consolidación del poder económico, y reduce barreras a su expansión. La activación de sensibilidades nacionalistas expansivas puede ser entendida como un instrumento para extender las estructuras estatales, ya que estas se enfrentarán con mucha menor contestación y resistencia si el modelo mononacional se encuentra plenamente aceptado y extendido en todo el territorio. También la construcción de

un mercado nacional homogéneo, dirigido desde el centro, puede ser impulsado por mecanismos culturales, que se contraponen a lo externo, a otras posibles identidades nacionales.

Frente a esta configuración, establecer límites a la expansión de un modelo mononacional, reconociendo de forma clara la plurinacionalidad del Estado español, también puede ser un instrumento para frenar la concentración del poder económico en el nodo central, que está afectando muy negativamente al desarrollo de la mayor parte de los territorios en España —de hecho, mucho más intensamente que en el caso catalán—. No obstante, el reconocimiento de la plurinacionalidad no se encuentra vinculado a implantación de un modelo federal, ya que son dos cosas distintas. De hecho, un

marco federal podría generar los mismos resultados, por lo que se refiere al modelo mononacional, que un modelo unitario descentralizado como el actual. Aparte de que no despierta mucho interés, como es bien sabido, en la mayor parte de España.

Habría que encontrar otras fórmulas institucionales, más imaginativas y menos armonizadoras. Poco se ha explorado la opción de una federación asimétrica, entre Cataluña, Euskadi (y en su caso, otros territorios) y una España descentralizada, que reconozca la diversidad de identidades y pueda asegurar que la plurinacionalidad del Estado esté protegida. Sería un modelo singular, pero tal vez más adecuado a la diversidad realmente existente, que otros modelos homogeneizadores que no han encontrado un claro acomodo en la pluralidad de identidades políticas y sociales en España. •

España apuesta por más ingresos y no reducir las pensiones

Por Andreu Missé

PERIODISTA



El Gobierno está enfrascado en una profunda reforma de las pensiones para asegurar la sostenibilidad del sistema público y cumplir con las exigencias de Bruselas. El asunto tiene especial interés por su amplia repercusión social y política en un año intensamente electoral. El próximo 28 de mayo se celebrarán elecciones municipales y autonómicas en la mayoría de comunidades y para final de año elecciones generales.

El desafío sustancial de las pensiones en España es consecuencia del progresivo

envejecimiento de la población. Según el Instituto Nacional de Estadística (INE), la población mayor de 65 años va a pasar de los 9,5 millones actuales a los 16 millones en 2050, mientras que la población en edad de trabajar caerá en cerca de un millón de personas. El déficit causado por las pensiones se ha incrementado en 22.767 millones de euros en la última década y es compensado con cargo a los presupuestos.

En base a estos datos, un estudio de Fedea del pasado enero, elaborado por los investigadores José Ignacio Conde-Ruiz y Jesús Lahera Forteza, advierte del fuerte aumento de la tasa de dependencia debido al envejecimiento. Los datos señalan que entre la población de 16 a 64 años los mayores de 64 pasarán de representar el 33% actual al 57% de este segmento en 2050. Según estos economistas, esto signi-

En los próximos 27 años se jubilarán 20 millones de personas nacidas del 'baby boom'

fica que “donde ahora hay tres trabajadores potenciales para pagar una pensión, en 28 años habrá tres trabajadores para pagar prácticamente dos pensiones”.

El Banco de España ha publicado un estudio el mes pasado con datos de 2019 en el que señala que “el gasto en pensiones en España alcanzó el 12,7% del Producto Interior Bruto (PIB), dato por encima de la media simple de la UE (un 10,4%). Reconoce, no obstante, que en otros países como Grecia, Italia y Portugal superaron el 15%. El supervisor indica que las proyecciones demográficas apuntan a un aumento del gasto en los próximos años, que en un 40% podría ser compensado si la tasa de empleo (cociente entre el total de ocupados y la población de 16 años y más) se elevara hasta el nivel de Alemania. La tasa de empleo en España es inferior al 70%, mientras que en Alemania supera el 78%.

El problema del envejecimiento se agravará por el retiro de la generación del *baby boom* (los nacidos entre 1955 y 1977), lo que comportará que en los próximos 27 años se jubilarán cerca de 20 millones de trabajadores.

Ante el desafío de mantener las pensiones, el Gobierno ha abordado una reforma en dos etapas. En la primera, decidió aumentar este año las pensiones el 8,5%, una décima más que el promedio de la inflación durante 2022. En esta primera fase también se introdujo el Mecanismo de Equidad Intergeneracional (MEI) que supone un impuesto del 0,6% sobre las cotizaciones, distribuido entre 0,5% a cargo de la empresa y el 0,1% del trabajador, hasta 2033.

La segunda parte de la reforma, que ahora está en plena discusión, se presenta más conflictiva. La idea principal pasa más por un aumento de los ingresos que por una rebaja de las pensiones. José Luis Escrivá, ministro de Inclusión, Seguridad